



Las aventuras de Star Gordo

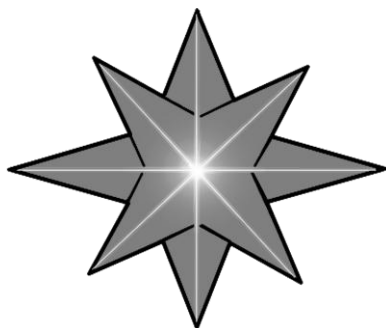
Un universo de esperanzas



Antonio Pedro Grande Rey

Las aventuras de Star Gordo: Un universo de esperanzas

Primeros capítulos



Antonio Pedro Grande Rey

Isbn: 978-84-612-9865-5

Copyright: © 2009

Aviso Copyright: Todos los derechos reservados.

Portada: Antonio Pedro Grande Rey

Las aventuras de Star Gordo: Un universo de esperanzas.

Registrado el 5 febrero 2.008.

Capítulo 1: Carta de despedida

“El que ataca de frente, es derrotado por la espalda”.

Ciudad de Voria, situada en “Yunia”, uno de los satélites del planeta “Bilmo”, miércoles 3 de septiembre de 4.547.

Ya estoy harto de esta incómoda situación. Yo, Tonio

Saincho, he decidido marcharme. No ha sido una acción precipitada. Hace por lo menos dos semanas que lo decidí. Entre ayer por la tarde y hoy por la mañana, hice a escondidas las maletas. Esta noche es el momento clave. Ahora o nunca. Pero antes de irme, quiero dejar una nota de despedida. Todo el mundo, desde la persona más sencilla hasta el hombre más violento, tiene derecho a una explicación. Mi tío es de los últimos, y yo se la voy a dar. Para ello, cojo un par de papeles y un bolígrafo, y me pongo a escribir.

“Querido tío Juanio:

Te escribo esta carta para que sepas el motivo por el cual decido dejar mi hogar, tan lleno de recuerdos. Como sabes, tras la muerte de mi madre se te encargó que administraras la casa de campo y la herencia que nos correspondía a los dos. Sin embargo siempre fuiste ruin, tacaño y mezquino, y usaste ese dinero de manera egoísta, casi sin acordarte de mis necesidades.

Sabes que esta miserable colonia no prosperará jamás. La gente se marcha del pueblo a otros lugares mejores. Una y otra vez, te negaste a darme mi parte de la herencia, con la estúpida excusa de arreglar la casa. Tengo treinta y cinco años, y ya me aburre todo ésto. No eres mejor que mi fallecido padre, del que las malas lenguas dicen que fuiste su asesino, ya que fue hallado muerto en un barranco. Al parecer, cayó despeñado por sus imprudentes andares, tras una gran borrachera en la taberna. No me meto en esos rumores, pese a lo que la gente diga. Jamás te creí capaz de hacerle algo así, ni siquiera en tu peor momento. Tu hermana y madre mía, nunca fue capaz de superar el disgusto que se llevó, al saber que mi hermano, Blaso, tras pasarse algo más de cinco años desafiando a los mares del planeta Bilmo, a bordo de un buque de pesca, murió ahogado en sus oscuras aguas. Fue esa enfermiza preocupación maternal la que la hizo nombrarte mi administrador, cuando ella falleciera.

Poco sospechaba la pobre, lo cerca que estaba de morir por deterioro de la salud, y tampoco lo mucho que me iba a perjudicar esa incorrecta decisión.

Harto de soportar tus malos modales y borracheras, decidí darte una última oportunidad. Si dejabas el vino o ponías firme

voluntad de dejarlo, me quedaría contigo e intentaría hacerte ver, amistosamente, las ventajas de abandonar esta repugnante luna de Bilmo y sus desérticos y cada vez más despoblados campos. Sin embargo, en vez de tomarte a bien mis consejos, te enfadaste y pretendiste que mi dinero era tuyo, y debía conformarme con lo que me quisieras dar. Aún me pregunto qué tenías en tu dura cabeza para hablarme de esa manera y esperar que aceptara, resignadamente, tus absurdas palabras. Voria es un pueblo sin futuro. Esos mercaderes que muchos años atrás os trajeron aquí a ti y a mi familia, os engañaron. Pero vosotros insististeis en quedaros, por tal de ser propietarios de unas tierras aunque estuvieran arruinadas, creyendo que la suerte cambiaría. Aquí nací, viví, casi empobrecí, y espero no morir.

Recuerdo, sobre todo, cuando terminé de decidirme a dejarte. En realidad lo hiciste tú, al sacarme esa navaja y amenazar con clavármela, si te volvía a hablar del reparto de la herencia.

¿Sabes una cosa? Hace poco más de una semana que encontré el lugar donde la guardabas. No sé si te acordarás de aquel día que llegué agotado de trabajar, transportando mercancías con la vieja carretilla, de un extremo a otro del pueblo, a cambio de unas míseras monedas. Nada más llegar a casa y guardar la carretilla, te vi mirando el periódico, y de inmediato entraste dentro a toda prisa, sin darte cuenta de mi presencia.

Al verte así, despertaste mi curiosidad, ya que me olía que esa noche acudirías a la taberna a jugar a los dados, y por ello te observé, discretamente, desde un rincón de la ventana.

Pude ver como quitabas ese teléfono averiado y viejo de la pared y sacabas billetes de una bolsa, seguramente, para gastarlo en vino ¡Entre ese dinero estaba mi parte de la herencia!

Cuando te fuiste, no pude evitar la tentación de mirar en la bolsa para saber cuánto quedaba. Me llené de pavor, nada más contemplar el contenido, y ver que te habías gastado la mayor parte de tu dinero. Entendí que si no tomaba una decisión con rapidez, perdería la mía.

Tío, tienes 51 años, y aunque por tu abundante barba blanca aparentas más edad, eres aún joven y puedes usar la carretilla, tal

y como hasta hoy, hice yo. Ten cuidado con tus modales porque te irritas con frecuencia y la gente se lo podría tomar a mal, lo que dificultaría en mucho tu labor. Yo me iré a Bilmo a trabajar. No te preocupes, porque te mandaré dinero cuando cobre.

Sin embargo, me temo que este cercano planeta no es el paraíso que busco. He oído hablar de Teluria y se dice que hay muchos terrestres como nosotros, viviendo allí, felizmente. Al parecer, los telurios sienten un gran respeto por la gente que trabaja, vengan de donde vengan. De todas maneras probaré unos meses en Bilmo.

Poco más puedo añadir. Supongo que esta noche, al llegar y leer la carta, estarás borracho y habrás perdido muchas monedas en alguna de esas partidas de dados que tanto te gustan. Para ir a la ciudad más cercana, pasaré delante de la taberna. Espero no verte por el camino, porque tal vez logres que me eche atrás en mi decisión. A pesar de todo lo malo, es tanto lo que dejo aquí en este querido pueblo...

También he escrito una carta al vecino, explicándole la situación, y pidiéndole que te ayude en lo que pueda. En verdad, lo compadezco, ya que no me cabe duda de que el dinero que ha quedado lo derrocharás muy pronto y le pedirás a él que te pague tus gastos. Ni que decir tiene, que solo me llevo mi parte e incluso te dejo algo más de lo que te corresponde, aunque no te lo mereces.

Bueno, tío. Hasta otra. Me gustaría poder decirte “hasta pronto”, pero la realidad es que no sé si volveré por aquí algún día. Ojalá todo me saliera bien y pudieras venirme a vivir conmigo, pero lo dudo. Las grandes ciudades no han sido hechas para ti, y creo que estarás incómodo en ellas. Tampoco creo que seas capaz de asumir que yo sea el que controle el dinero. Otra cosa que quiero decirte es que ya no seré “Tonio Saincho”. He decidido cambiarme de nombre. En cuanto sea posible, me llamaré “Star Gordo”.

“Star” porque me gustan las estrellas. Y “Gordo” por el tamaño de mi barriga. Sé que mi futuro nombre te puede parecer divertido, pero a mí, me gusta. Esa es mi forma de equilibrar la fantasía con la realidad. Creo que me traerá suerte.

Adiós, tío Juanio. Que seas muy feliz.

Tu sobrino, Tonio Saincho.”

¡Hecho! Tras mi firma dejo el bolígrafo encima de la mesa, con brusquedad, y no poco temor, como si al escribir mi nombre hubiera firmado la sentencia de muerte de mi tío ¿Quién sabe lo que me aguarda fuera de mi hogar?

De un vistazo rápido, me despido de mi casa. No me olvido de mirar las fotos de mis familiares que están enmarcadas, colgando de la pared.

Capítulo 2: Las noticias

Fueron más de doce kilómetros los que tuve que andar de noche, antes de llegar a la ciudad. Lo que menos me gustó fue tener que pasar por delante de la taberna donde estaba mi tío, y esperar que no me viera ningún conocido. Sin embargo, no hubo problemas, ya que todos estaban dentro, jugando al dominó y a los dados. Desde fuera se escuchaba el golpear de las fichas, encima de la mesa, y el movimiento de los dados en el interior de los cubiletes. Se me salían las lágrimas y sentí que se me desgarraba el corazón, ya que esos sonidos también formaban parte de mi vida.

Llevaba mucho tiempo caminando. Me detuve un rato para descansar. También me dolía la espalda de cargar con el pesado equipaje. Entonces, escuché un ruido en el cielo. Vi como una especie de sombra oscura tapaba las estrellas. Eran naves cazadoras de esclavos. Sin moverme del sitio miré su trayectoria. No era la primera vez que las veía. De pequeño vi una, pero esa vez era de día y con sol, y aterrizó lejos de donde estaba jugando. Esta vez divisé una luz descender, no muy alejada de donde suponía que estaba mi casa. Luego, destellos de luces, seguramente rayos láser, de color rojo.

Una hora después, vi una luz ascender al cielo, y desaparecer. Habían atacado mi pueblo. Tal vez no hubiera estado en peligro si me hubiera quedado, pero se me puso la piel de gallina. Con un poco de suerte, al desayunar en una taberna vería las noticias y me enteraría de lo ocurrido. Si no recordaba mal, la

más cercana aún estaba lejos. Así que hice un esfuerzo y eché a andar, pese a estar fatigado. Es cierto ese refrán que dice: “el miedo hace milagros”.

Al llegar me senté junto a la barra. No había dormido nada, y faltó poco para caerme al suelo. Entre las noticias más destacadas que pusieron en la televisión estaba la de los cazadores de esclavos. En esta ocasión se suponía (aún era pronto para dar cifras exactas) que habían capturado a 133 personas, y matado a 8 por resistirse a sus captores.

Todo apuntaba a que eran soldados tirios, a juzgar por los métodos. Lo ocurrido era indignante. Se suponía que éramos súbditos del rey Mingo I, que se portaba como si fuera el jefe de un grupo que traficaba con esclavos.

El rey era un afortunado coronel de la baja nobleza que sucedió en el mando a un general llamado “Yerio Fadiós” que se amotinó, alegando como excusa que la reina Nilia II no sabía gobernar. Yerio falleció en una asamblea, por causa de unos descontentos en el reparto de poderes. Fue una reunión violenta en la que lo único que se repartió, fueron tiros y bombas; muriendo la mayoría de los presentes. Al tomar el mando, Mingo acordó contraer matrimonio con la reina para acabar con la guerra. Al fallecer ésta y quedarse viudo, se interesó por la esclavitud para sus fines personales.

En la televisión pudo verse a un periodista, explicando lo sucedido a “Anko Nedio”, el gobernador de Bilmo. Este sonrió y le dijo que él hacía lo que podía por evitar esos incidentes, pero que no siempre podía controlarlos. Después de todo, los afectados eran terrestres o descendientes, y para protegerlos se necesitaba una colaboración muy especial, que pocas veces encontraba, ya que los abusos y la mala fama de estos eran muy conocidos en todo el universo. De todas formas, desconocía el paradero y procedencia de los esclavistas. Echaba la culpa a los piratas.

Sus palabras no engañaron a nadie. Era público y notorio quiénes habían sido. Yo enrojecí de indignación.

Algunos en la taberna se alegraron de la desgracia. Otros callaban, pero nadie se puso de parte de las víctimas. Eso me hizo comprender que éramos menos queridos de lo que imaginaba. Era

lógico, ya que pocas veces salí de mi pueblo, y no fui consciente, hasta ese momento, de lo poco que se nos apreciaba. Me costó mucho trabajo guardar silencio para evitar problemas.

Varios hombres, al oír las noticias, empezaron a contar cosas absurdas y rumores sobre el rey, sus amigos y su familia, que escuché, discretamente, para matar el tiempo. Poco más o menos, fue esto:

“El rey Mingo de Tirio había mandado a su hija a estudiar fuera del palacio, no se sabía dónde ni qué. Al parecer, lo hizo para mantenerla ocupada. Se decía que ésta se alegraba del reciente fallecimiento de su pretendiente, el duque de Hansien, con quien su padre quería casarla, le gustase o no; y al parecer no le gustaba. Aunque al duque parece que tampoco, y tal vez por ello le fue infiel. Mingo se puso furioso cuando sus agentes le informaron de tal deslealtad.

No se sabía quién podría ser su asesino, aunque muchos dedos apuntaban al propio Mingo como el planificador.

Con respecto a eso, existen muchas hipótesis, y las malas lenguas son inevitables. La princesa fue bautizada con el nombre de “Nilia”, por lo tanto al subir al trono, sería Nilia III. Sin embargo, todos la llamaban con el nombre de “Nilita” tal y como la llamaba su madre, que murió seis años después, supuestamente por una enfermedad causada por las complicaciones del parto, que todos creían superadas. Nilita no tenía hermanos.

Al alejarla, temporalmente, se pretendía no solo sacarla del palacio, sino que volviera más disciplinada y sumisa, ya que se llevaba bastante mal con los huéspedes de su padre; unos exiliados del planeta “Mudrago”, a los que Mingo acogió en recompensa por su fidelidad durante la invasión a dicha tierra. La princesa no lo entendió, y le sentó mal ver a toda esa gente paseándose por palacio, como si estuvieran en su propia casa, malgastando el dinero como si fuera suyo, metiendo las narices en las decisiones del rey, y amonestando a la servidumbre y a la guardia por la más mínima tontería.

En varias ocasiones había llegado al enfrentamiento directo con ellos, por haber despedido o castigado a varios sirvientes, sin consultar con ella o con su padre o incluso con sus tíos. Peor aún;

tenía fuertes sospechas de que su madre fue envenenada, ya que según le contó una vieja cocinera, sospechaba de Dundo; un exiliado al que el rey nombró jefe de protocolo, y que además fue el último en verla, en perfecto estado de salud.

Ese día, Dundo invitó a la reina a tomar el té para mejorar sus relaciones diplomáticas con ella, pues a ésta, tampoco le hacía gracia semejante gentuza, y les había dado un tiempo para que se fueran de allí, vivieran en la ciudad y se buscaran un trabajo como ciudadanos corrientes. Para ayudarles, les daría una paga para vivir, siempre y cuando, moderaran sus gastos. El rey se opuso a que sus huéspedes fueran tratados así, ya que eran nobles mudragueses. Pero eso no convenció a la reina, que los veía como a unos parásitos. Por desgracia para Nilita, murió antes de haberlos echado.

Además de las sospechas, Dundo era el responsable de la pésima planificación de los estudios, amistades y tiempo libre de la princesa.

El jefe de protocolo había encontrado algunas veces, puntillas y trocitos de metal, clavados en la puerta de su habitación. También le habían quemado la parte baja del portal, como si alguien con poca destreza, hubiese querido provocar un incendio.

Los guardias que custodiaban sus aposentos no estaban siempre en sus puestos. La princesa les autorizaba a que se dieran una vuelta o tomaran el día libre, en vez de vigilar. Si Dundo ordenaba arrestarlos, ella los dejaba libres. Por ello, las discusiones entre ambos eran frecuentes y violentas. El jefe de protocolo no dudaba en abofetear a la princesa, si esta le contrariaba en algo, pero no por ello lograba hacerla más sumisa.

Semejantes sucesos hacían perder la paciencia al rey, que se refugió en el alcohol para olvidar sus problemas.

En la órbita del planeta Tirio se estaba construyendo el satélite "Tongo". Se creía que antes de cinco años estaría terminado, y entonces Mingo se trasladaría allí, y viviría en un nuevo palacio. También instalaría avanzadas bases militares, además de guarniciones.

Esa monstruosa construcción enturbió las relaciones entre el

reino tirio y las otras naciones, además de costar una gigantesca cifra a sus súbditos, y por supuesto, ralentizando otras necesidades importantes del reino. El ejército fue uno de los peores perjudicados.”

Las noticias de la televisión también hablaron de una matanza de cinco personas en Basti, provocada por una secta, cuyo origen podría estar en las colonias terrestres de Teluria. Eran los "lovanos". Adoraban a un supuesto dios dormido, "Kulu", al que dedicaban sacrificios humanos. Cuando ese dios despertara, gobernaría el universo y premiaría con la inmortalidad a sus más leales servidores. Dicha secta contaba con numerosos acólitos. Además del lógico temor, la noticia causó extrañeza. Normalmente, una matanza en Basti era atribuida al “BasyI”. Dicha organización era, para unos, una banda terrorista, y para otros, unos patriotas que luchaban contra los déspotas tirios.

Poco tiempo más tuve de informarme y elevar mi nivel cultural, ya que faltaba poco para que partiera la nave que me llevaría a Bilmo. Era del tipo “Ladrillo”, de color blanco. Era la clase de nave más abundante del Binomio Galáctico.

Esa fue la primera vez que volé por el espacio. Éramos unos veinte o treinta pasajeros. Recuerdo un zumbido ligero, y al asomarme por la ventanilla, unas luces azuladas se veían brillar por debajo de la nave. Eran los “magnetizadores” verticales, que nos elevaban, lentamente.

Poco a poco fuimos ascendiendo. Las azuladas luces aumentaron su intensidad, y las patas de sujeción de la nave se plegaron.

Cuando estuvimos a unos cien metros de altura, se encendió una luz roja, y un altavoz nos recordó que debíamos tener los cinturones abrochados, ya que pronto aumentaría la velocidad.

La nave giró unos treinta grados hacia arriba, sobre su propio eje. Se encendieron las luces de advertencia. Una fuerte aceleración nos empujó hacia adelante. Al asomarme, pude ver las llamas de los motores, encendidas, y las luces de los magnetizadores, apagadas.

El cielo fue cambiando de color, a medida que ascendíamos. Al salir de la atmósfera, pude ver como la nave circulaba por la

inercia del impulso, con los motores apagados. De entre las numerosas estrellas vi una luz moverse. Era otra nave. Uno de los pasajeros exclamó con disgusto que, probablemente, sería de la “Side” o “Policía Sideral”. Tenían muy mala fama, sobre todo, de corruptos y violentos. Eran muy impopulares.

Sin embargo, no tuvimos problemas con ellos, y nos dejaron seguir. Fue un trayecto corto, pero fascinante. La entrada en la atmósfera de Bilmo fue de lo más espectacular. Lo que menos me gustó fue el precio del viaje. Al llegar, nos quitamos el pesado e incómodo traje de astronauta, de color blanco.

Tras ir al juzgado y cambiarme el nombre, alquilé una modesta habitación para una semana. El precio era mucho más elevado que cualquiera de su categoría en Yunia. Esa era una de las desventajas de vivir en una ciudad.

Con un poco de suerte encontraría algún trabajo interesante, y me quedaría allí, pero lo dudaba. Así y todo, me di ese plazo. Si después de ese tiempo no encontraba un oficio que me gustara, partiría, directamente, hacia Teluria.

Al tercer día, la fortuna me sonrió. Encontré un empleo provisional de peón en una obra. Tal vez duraría unos dos meses y medio, o un poco más. Todo dependía de la lentitud de los trabajos. Allí fue donde sufrí, en primera persona, el poco aprecio que nos tenían a los terrestres. Éramos los que más trabajaban y menos cobraban, además de tener que soportar las bromas de los compañeros, que se reían, sobre todo, de nuestra forma de vestir.

Muchos creían que la blanca ropa interior de los terrestres era la que les proporcionaban los esclavistas en las minas, y por eso se reían, cruelmente, de los que las vestían. Ellos usaban otra de un color celeste claro, hecho con el tinte de una planta no conocida en La Tierra.

De todo ello me informó “Cesiwayo”, un compañero de origen sudafricano, que planeaba irse a Teluria, en cuanto terminara su contrato de trabajo. También me dijo que a los terrestres nos llamaban despectivamente, “planos”, debido, al parecer, a nuestra creencia en la antigüedad de que La Tierra era plana. Ese insulto era una forma que tenían los habitantes de los planetas del “Binomio” de tildarnos de incultos o paletos.

A las dos semanas llamé al vecino para preguntarle por mi tío, y mandarle algo de dinero. Me contestó de muy malas maneras, que en vez de coger el carro y trabajar, había vendido sus pertenencias y se lo estaba gastando todo en vino. Unicamente le quedaba la casa y algunos muebles, pero pronto le cortarían la luz por no disponer del dinero para pagarla. Asimismo, me culpaba de ser el responsable de todo, por no haber sabido controlar a mi alcohólico e indisciplinado tío.

La noticia me sentó muy mal. Mandé el dinero, pero dudaba que sirviera para algo útil. Seguramente, acabaría en el cajón del tabernero a cambio de unas botellas de vino o lo perdería en el juego.

En los tiempos libres me paseé por la ciudad “Nueva Bilmo”. Tal y como imaginaba, lo que hacían falta eran trabajadores del sector de servicios. Barmans, camareros, dependientes, etc. Yo me considero un buen trabajador, pero eso no era lo mío. No tengo paciencia para semejante tipo de trabajo en el que hay que soportar a clientes borrachos. Bastante tuve con mi tío, hasta que ya no pude más. En el sector industrial había poco futuro, pues la mayoría del material venía de fuera, sobre todo, de Basti. Este planeta y Bilmo eran dependientes de Tirio, y a ambos nos gobernaba el mismo rey. De irme allí, ni pensarlo, ya que según escuché, los tirios nos tenían odio a los terrestres, y según las malas lenguas, ellos eran los que reclutaban a la mayoría de las expediciones esclavistas.

En Teluria no me iban a tratar mejor, pero por lo menos no había presenciado naves telurias secuestrando a mi gente, y por ello no les guardaba tanta desconfianza. Además, era el paraíso soñado de todo emigrante. No pocos paisanos habían salido a flote allí. Dicho planeta era el más poblado por terrestres de los que componían el Binomio Galáctico.

Capítulo 3: El viaje

Hatakia (Bilmo), jueves 8 de enero de 4.548.

Estas han sido las navidades más tristes de mi vida. Solo y sin nadie. Llamé a mi tío para felicitarle, pero no me cogió el teléfono. Lo mismo sucedió con el vecino. Parece que me guardan más rencor del que me imaginaba. Por ello, debía concentrarme en el trabajo, que ya estaba a punto de finalizar. Mi compañero y colega, Cesiwayo, “Cesi” para los amigos, fue el único que se preocupó de llamarme a dar una vuelta y tomar algo durante esos días. Me consoló cuando le conté lo de mi tío. Dijo que hice bien en marcharme. Además, le estaba mandando dinero, y si no sabía administrarlo, era culpa suya.

Cuando se acabó el trabajo, poco tiempo más tarde, no lo pensé más. Creía que ya sabía lo suficiente como para ir a buscar fortuna en Teluria. Partiría en cuanto pudiera. Dentro de varias semanas, una enorme y alargada nave de pasajeros pondría rumbo hacia allí. Me informé en internet, en una web de trabajos para inmigrantes. Curiosamente, dicha nave se llamaba “Esperanz” y parecía una enorme barra de pan de color plata. Esa gran nave era del tipo “Supertrans” o “Supertransporte”, de las que la armada tiria usaba como transporte de tropas y material de gran tamaño. Al parecer, era excedente, y fue destinada al transporte civil de pasajeros. Me gustaba su nombre.

Informé de ello a Cesi, que me dio las gracias, pero dijo que no podía ir conmigo, ya que aún tenía trabajo para tres meses más. Me dio su nº del teléfono móvil, y me dijo que ya nos veríamos en Teluria. Esperaba que fuera pronto.

Durante el viaje confiaba en hacer amigos con los que compartir mis impresiones y vivencias. Duraría unos dos meses, aproximadamente. Antes de zarpar, tuve que rellenar unos papeles en los que me pedían mis datos, edad, sueños y aspiraciones en la vida y en el trabajo.

Era una encuesta para saber la clase de personas que partía a buscar fortuna en planetas distintos de sus orígenes. Me alegró ver que la gente usaba, en su mayoría, bolígrafos para escribir. Eran terrestres como yo. Los habitantes del Binomio usaban plumas y estilográficas. En objetos de uso cotidiano los terrestres eran mejores.

El primer detalle que llamó mi atención fue la poca intimidad

de las habitaciones. Las camas estaban dispuestas en varias salas separadas. Estas tenían capacidad como para alojar a unas 800 personas. En la planta de arriba había otra igual, por lo que en total cabían 1.600 pasajeros, sin contar con la tripulación, cuyos camarotes estaban aparte. En el centro de las salas había mesas y sillas, además de las metálicas taquillas donde guardábamos nuestras ropas y pertenencias. También había varios televisores, algo viejos. Los cuartos de baño, tampoco eran gran cosa. Estaban llenos de arañazos, y las baldosas, desgastadas. Me pareció como si hubieran cogido el interior de un viejo cuartel y lo hubieran metido en la nave. El horario de levantarse era libre, pero a las doce en punto, teníamos que levantarnos todos, ya que venían los limpiadores. Estos eran los propios pasajeros, organizados en varios turnos de trabajo. Éramos unos 1.300, aproximadamente. La inmensa mayoría hablábamos el tirio, que es el idioma que se hablaba en los planetas súbditos del reino del mismo nombre.

Durante el tiempo libre, el sonido de la sala parecía el murmullo de un bar. En unos rincones se hablaba de una cosa, en otros, de otra. También se escuchaba música de varios estilos en cada rincón. Los omnipresentes niños correteaban y jugaban sin cesar. Una inquieta niña, patinadora, con el pelo largo, moreno, me obstaculizó el paso. Me miró con seriedad y se detuvo, frente a mí.

—¿Vas a pasar de una vez? ¿O te vas a quedar ahí, mirando las musarañas? Me dijo en tono de burla.

Justo en el momento en que iba a replicar a la desvergonzada niña, una voz la llamó por su nombre. Me pareció que dijo “Sania”, pero también podría ser “Sonia”. Tal vez oí mal, pero es lógico pensar que fue éste último. Era una chica rubia, de edad adolescente, la que requería su presencia. Mejor así. Me ahorré una desagradable discusión con esa niña. La traviesa patinadora dio la vuelta, moviéndose con agilidad, sorteando las taquillas y a los viajeros que se cruzaban por su camino. A juzgar por su firma de mirarla, parecían tan molestos con ella, como yo.

El capitán de la nave, Sbarlow, hablaba por el altavoz, de vez en cuando, para recordar las normas de orden e higiene, así como los horarios de actividades. Si ocurría algo de interés, lo

comentaba con brevedad, por lo que la gente tenía que recurrir a los medios de comunicación para enterarse de la noticia completa.

Asimismo había unas escotillas cerradas para ver el exterior. En algunos sitios eran más grandes que en otros. Cuando pasaba cerca otra nave de pasajeros, la gente les saludaba. En el Esperanz, como es natural, no existían el día ni la noche, pero para acostumbrarnos a mantener el horario, la iluminación aumentaba de intensidad en las horas diurnas, y bajaba en las nocturnas. Eso se mantenía así, salvo en casos de emergencia o cambios de hora. Todas las naves de largo recorrido seguían esa norma de iluminación.

En cuanto a los tripulantes, rara vez se veía a alguno. Únicamente salía, casi siempre, el mismo auxiliar para recordarnos que era la hora de comer o para pedir que nos acostáramos cuando llegaba la hora. Eran poco habladores y muy serios. Otras veces, el escribiente hacía la lista con los servicios, y los ponía en un tablón. Así sabíamos a quienes les tocaba limpiar, la lavandería, ayudar a los médicos o ir a la cocina. La verdad es que pese a que me considero poco hablador, hice muy buenos amigos entre los compañeros de viaje. Eran muy serviciales y nos ayudábamos mucho, cuando tocaba hacer alguna cosa.

Cuando llevábamos cinco días, ocurrió el primer incidente serio. Un pasajero se peleó con otro para robarle un reloj. Poco después, aparecieron dos hombres vestidos de uniforme blanco, con gorra de igual color; correa y pantalones negros, y un escudo rectangular, verde, con tres rayas azules en diagonal en las mangas de la camisa, lo que los identificaba como vigilantes originarios de Bilmo. Se llevaron al culpable a un pequeño cuarto vacío y oscuro. A los quince minutos habló el capitán por los altavoces. El arrestado pasaría una semana en ese lugar, incomunicado del resto y en condiciones miserables. Nos pareció inhumano tener a ese hombre durante siete días así, sin cama, comiendo a media ración diaria y en la oscuridad.

Como era de esperar, repostamos en Tirio. Desde las ventanas se podía ver el satélite, Tongo, a medio construir. Todo un ejército de astronautas sacaba piezas de los transportes, otros las montaban con máquinas y grúas. Unos iban vestidos de color

naranja, y otros de blanco. Alrededor de ellos patrullaban otros astronautas vestidos de color ocre oro, con insignias gris perla y escafandras ahumadas. Era la infantería astronauta tiria. Llevaban armas y bastones eléctricos para meter prisa a los rezagados. Vigilaban, sobre todo, a los de color naranja. Estos, al parecer, eran esclavos. Semejante visión nos causó malestar a la mayoría de los pasajeros. La presencia terrestre era muy amplia entre nosotros

A algunos les extrañó que no embarcaran pasajeros. A lo que otros contestaron que los tirios eran muy orgullosos, y por eso no se montaban en naves que procedieran de colonias terrestres, para evitar conflictos. Eso no era lógico. Siempre suele haber gente que tiene que ir a Teluria para algo. Los únicos que vinieron fueron varios guardias. Los vimos entrar con sus equipajes, mientras nos miraban con desconfianza. Estos se diferenciaban ligeramente de los que custodiaban la nave, en el correaje, que era de color marrón y en las insignias de la ropa, que eran de color amarillo con rayas azules. Además de llevar el pelo corto iban bien afeitados. Era la temible y aborrecida “Side” o “Policía Sideral”. En la otra manga llevaban un escudo rojo con una espada en la parte central. La punta de esa espada era la proa de una nave.

Al verlos entrar, chulescamente, tuve un mal presentimiento. Y por desgracia, acerté. No fui el único.

Con el paso del tiempo, el número de detenidos aumentó. Muchas veces por razones absurdas. Hasta los detenidos por una semana, vieron como no les llegaba nunca la libertad. En cierta ocasión, varios hombres discutieron por un partido de futbol. Entonces, dos tripulantes vestidos de blanco, se los llevaron ante el asombro de todos. Los antes invisibles tripulantes, estaban ahora, omnipresentes.

Un día, los pasajeros nos reunimos, ante la atenta mirada de los agentes. Nos pusimos de acuerdo para formar una representación y hablar con el capitán para aclarar lo sucedido.

Todos aguardábamos, expectantes. Los únicos que no parecían conscientes de lo que ocurría eran los niños, siempre correteando y animando el ambiente. Sonia y sus amiguitas

fueron una excepción. No dejaban de patinar en círculos a nuestro alrededor, como si estuvieran esperando alguna novedad. Cuando pasó una hora, más o menos, bajaron nuestros representantes con aspecto deprimido. Uno de ellos nos contó el resultado de la triste reunión.

—Tras mucho rogar y pedir una explicación al callado capitán, este rompió su silencio, a gritos, y dijo que los detenidos serían conducidos a las minas del sur de Basti. Hemos intentado convencerle de lo contrario, pero se ha negado, en rotundo, a escucharnos. Dice que cumple órdenes. Unicamente se ha comprometido a buscarles un rincón para que estén juntos y darles mantas para que no duerman en el suelo. Lo hace para evitar que lleguen muy deteriorados a las minas. No permitirá que les visitemos, pero si nos portamos bien, tal vez cambie de opinión. La reunión ha sido un lamentable fracaso. En todo momento nos habló a gritos. Ni que fuéramos animales.

Hubo llantos y lamentos, sobre todo de mujeres. Los hombres protestamos. No nos parecía justo. Entonces sonó el altavoz. Era el capitán. Habló para confirmar lo dicho por los representantes. Anunció el aumento de medidas más duras, lo mismo que de la estricta disciplina que pronto se iba a imponer. Al término del discurso, aún tuvo la desvergüenza de decir en tono sarcástico:

—Chicos, portaos bien o iréis de vacaciones al infierno.

Ante tan malas noticias, las niñas patinadoras dieron la vuelta, armando un estruendo causado por el brusco roce de las ruedas de los patines en el suelo. Semejante ruido provocó un efecto chocante en un momento tan terrible como ese.

Un día me toco ayudar en la cocina. Estaba asustado. Temía que si fregaba mal algún plato, tendrían una excusa para encerrarme.

De hecho, se me rompió un vaso, por lo que tuve que soportar un breve reproche de uno de los camareros, que se apresuró a barrer los cristales, y me pidió que tuviera más cuidado, ya que abundaban los chivatos. No sería nada extraño que viniera algún vigilante, y cuando menos lo esperase, me encarcelara. Otra cosa que noté, fue la escasez de cuchillos y

tenedores. “Mimio”, el cocinero, me dijo que no comentase nada y que cogiera un cuchillo para mí. Todos los que iban a la cocina, lo hacían. Tampoco debía extrañarme si algún día estallaba una revuelta. Así lo hice, y me alegré de que al menos el personal de cocina, fuera de confianza.

Ahora comprendía la gran cantidad de botellas de agua para beber que había por las habitaciones. Podrían servir de objetos contundentes en caso de estallar un motín. Algunos pasajeros, al parecer, ya se estaban preparando para algún tipo de resistencia.

Por la tarde bajaron los tripulantes a tomar algo. Un camarero me advirtió:

—Cuidado con estos cerdos. Como te equivoques al servirles, tendrán un motivo para encerrarte.

Entre ellos estaba el capitán Sbarlow. Tenía 34 años, bigote castaño y barba corta. Al quitarse la gorra, vi que era calvo. Entre los agentes también había algunas mujeres. Los mandos del personal auxiliar eran distintos a los policías, que eran de tipo militar. Un sargento de policía era el equivalente a un ayudante. Un teniente era un capataz o encargado; y al capitán, los auxiliares lo solían llamar “patrón”. Rara vez se les veía hablando entre ellos. Únicamente abundaban tales reuniones cuando jugaban a las cartas o a cualquier otro juego de apuestas.

—¡Ojo con ellos! Algunos se disfrazan como si fueran pasajeros, y acaban enterándose de todo. Hay rumores de que entre ellos hay soldados de élite que actúan en los casos excepcionales. Me dijo “Alana”, una bella compañera de viaje de piel morena y largo cabello negro, que le había tocado de servicio en la cocina, igual que a mí.

Entonces se acercó a la barra el capitán. No me pareció mala persona. Pensé que era un hombre razonable y podría hablar con él, acerca de nuestra situación. A lo mejor, lo sucedido con la delegación fue un malentendido.

—Discúlpeme, capitán ¿Le puedo preguntar una cosa? Dije con amabilidad.

—¡Por supuesto! Dime qué es lo que te pasa, amigo.

—Dígame ¿Qué sentido tienen estas represalias contra los infelices pasajeros? ¿No le dan lástima?

El capitán me miró con desconfianza y burla al mismo tiempo. Parecía como si en su interior dudara entre reírse o enfadarse, mientras mis compañeros guardaban un silencio sepulcral.

—Como ya dije por los altavoces, cumplo órdenes. No es nada personal. Soy un “mandado”. Aunque eso sí, las cumplo muy bien ¿No te parece?

—Disculpe, pero la mayoría de los que estamos aquí, lo hacemos para buscar un futuro en otra parte y no caer en manos de los esclavistas. Ahora, usted, nos priva de ello ¿Le parece justa esta encerrona?

—¡Ya, hijo! Han tenido mala suerte. Escapan de la sartén y van a caer al fuego ¡Je, je, je! Podríamos arrestar al pasaje entero y llevarlos a las minas, pero solo nos llevaremos a los nenes malos ¿No dirás que no soy generoso, verdad?

Seguí tratando de convencer a Sbarlow. Este fingía con burla, sentir lástima por nosotros. Le pregunté por el destino de las familias rotas, y qué harían una mujer y sus hijos, si su padre fuera esclavizado. En tono evidentemente despectivo, respondió que: “Las mujeres terrestres son muy bellas y no tendrán ninguna dificultad en encontrar clientes con los que prostituirse”.

Por ello decidí dejar de hablarle. El capitán se reía de mí, lo mismo que varios de sus subordinados que oyeron la insultante conversación. Al ver que me alejaba de él, dijo, fingiendo comprensión:

—No te enfades, hombre. Yo también soy un “plano” como tú. Bueno, lo fue mi aborrecido padre. El añoraba su querido Kentucky o como se llamara, que solo conocí por verlo en unas viejas imágenes. Yo nací en Tirio, en una gran ciudad. No echo de menos el planeta Tierra, no me interesan sus costumbres, y por supuesto, no me considero terrestre, en absoluto.

Esa noticia nos sentó peor. Sbarlow era un renegado de sus orígenes. Algunos de los agentes auxiliares lo miraron con incredulidad.

Alana me miró, moviendo la cabeza, negativamente. Cuando terminé de fregar y limpiar, me dejaron ir. Mimio, el cocinero, también me miró de forma extraña, como Alana. A él tampoco le

gustó que hablara con el capitán. Bastante suerte tuve de no haber sido arrestado.

Al entrar en las habitaciones, vi a un grupo de personas sentadas en el suelo, jugando a las cartas, mientras los “mirones” seguían la partida de pie. Uno de ellos se me acercó. Se llamaba “Vittorio”. Era un hombre afable y hablador con acento italiano. Ya lo conocía de vista. Siempre estaba pendiente de todo, curioseando y conversando con los demás.

—¡Eh, amigo! ¿No te animas a jugar una partidita? Esto se está poniendo interesante.

—No, gracias, no tengo ganas. Además, vengo cansado de la cocina. Tal vez, otro día.

—Anda, acércate un momento. Dijo, guiñándome un ojo. Hay algunas personas que quieren conocerte.

Comprendí que debía de acudir. Uno de los que estaban sentados, dijo al verme:

—A ver, señores. Haced sitio al amigo.

Este aparentaba tener cincuenta años. Era rubio con algunas canas. Llevaba gafas oscuras. También tenía acento italiano.

—Gracias, pero ahora mismo no tengo dinero con el que apostar. Exclamé.

—No importa. Escucha lo que te voy a decir: Déjate de tomarte confianzas con el capitán. Quiere vendernos como esclavos y desprecia a los terrestres ¿O es que eres un traidor? Dijo con seriedad.

—No es eso. En la cocina me dio la impresión de que era una persona civilizada, y que podría convencerle para que nos dejara en paz. Pero me equivoqué. Es una bestia salvaje de la peor calaña.

—¡Bah, menuda tontería! Hablarle de paz a ese tipo es como enseñarle a hablar inglés a un orangután. Has pasado un mal rato y te has arriesgado a que te arrestaran, te hemos tomado por un traidor, y además has perdido el tiempo, tontamente. Por cierto ¿Cuál es tu nombre?

—Mi nombre es Star Gordo ¿Y el suyo?

—El mío es “Enriquetto Florentinio”. Aunque muchos me llaman “d. Queto”. Este hombre de aquí, es el señor “Takegawa

Yamashiro”. Dijo, señalando a un hombre de aspecto oriental con bigote y pelo blanco, de unos 54 años. Ha venido de las habitaciones de arriba a hablar conmigo.

—Señor Star, dijo Takegawa; debo pedirle que me entregue el cuchillo que se llevó de la cocina.

No me esperaba esa extraña petición, y durante unos segundos, dudé en dárselo. Al verme indeciso, d. Queto, confirmó la solicitud de su colega, moviendo la cabeza, afirmativamente.

—Déselo, Star; es de los nuestros. Ya le darán otro. Dijo Vittorio en voz baja.

Hice un esfuerzo, ya que al estar sentado, me costaba trabajo sacarlo del bolsillo.

—Gracias, señor Star. En la cocina de arriba no son tan comprensivos como los de abajo. Debemos ayudarnos entre nosotros. Dijo, cortésmente, Takegawa, o “D. Taki”, como ya le llamaban todos.

Entonces, d. Queto me explicó, que debía ayudar a llevar éste viaje a buen término y colaborar en lo que me pidiera. Entre otras cosas, me tocaría alguna vez hacer de mirón. En realidad, los mirones lo que hacen es vigilar que no haya centinelas cerca, y cuando los hay, lanzan una monedita al suelo. Al pasar el peligro, se agachan y la cogen. El mejor momento para las reuniones es cuando les toca estar de guardia a los centinelas auxiliares, que son más indisciplinados que los policías siderales. Cuando dije que Sbarlow me había contado que era hijo de padres terrestres, los presentes montaron en cólera.

—¡Cómo no iba a ser un renegado de sus orígenes, el que nos trata de esta manera tan cruel! Dijo don Taki.

—No es de extrañar. Los libros de historia hablan mucho de ellos, y muy mal. Dijo don Queto.

También contábamos con la ayuda de mujeres, entre las que estaba la bellísima Alana, que trabajaba para don Queto.

Estas se vestían, elegantemente, y se ponían a hablar en el lado opuesto de la reunión, ocasionando que los centinelas se fijaran en ellas y descuidaran sus tareas de vigilancia. Las niñas patinadoras también colaboraban. Si veían a algún centinela, mirándonos durante mucho tiempo, se ponían a hacer ruido a su

alrededor para prevenirnos. No pocas veces conseguían irritarlo y amenazaba con encerrarlas.

—Es un buen método, pero ¿Y las cámaras de vídeo que nos vigilan? Exclamé.

—¡Bah! Pronto les daremos un par de martillazos y dejarán de funcionar. Ya las tenemos localizadas. El cocinero nos ha dicho donde están. Como usted se habrá dado cuenta, pese a ser un tirio, está con nosotros. Es un hombre muy religioso y creyente de Cosmos, que aborrece la esclavitud y ama la igualdad entre las personas.

—¿Cómo supo que ese hombre era de confianza?

—Porque uno de mis ayudantes, Vittorio, estuvo ayudándolo en la cocina, hace un par de días, y lo escuchó negarse cuando uno de los médicos le propuso que nos suministrara somníferos en las comidas para que fuéramos más manejables. Siguiendo mis instrucciones, Vittorio lo llamó a solas y le preguntó si le parecía justo lo que nos estaba pasando. El cocinero dijo que lo sentía mucho, y que se ofrecía para ayudar en lo que pudiera. Al saberlo, fui a entrevistarlo en persona para saber hasta qué punto se puede contar con él. Me ha convencido de su entusiasmo. Su apoyo es total. Es un hombre de una gran religiosidad y fe.

Le dije a d. Queto, que a pesar de ello, era un juego muy peligroso. Estuvo de acuerdo conmigo, pero añadió que no debíamos de echarnos atrás. Me recordó que nuestro destino no era Teluria, sino unas duras minas del sur del planeta Basti. Allí trabajan en malas condiciones los delincuentes peligrosos y esclavos. No solo irían los arrestados, sino todo el pasaje, excepto el 25% más o menos, que no eran terrestres. Esclavizarlos sin ser delincuentes graves estaba prohibido en todas las naciones del Binomio Galáctico. Tal vez, por ese motivo, el capitán exageraba las causas del arresto cuando detenía a alguno de ellos. Dadas las circunstancias no iba a encontrar pasajeros voluntarios que le ayudaran en caso de apuro, sino al contrario; su estupidez consiguió que los no terrestres también tuvieran miedo de ser esclavizados y nos apoyaran.

Takegawa aconsejó no entrar en el cuarto de baño para hacer o comentar cosas importantes. Un chivato que solía ir vestido de

azul, lo frecuentaba. También me dio ánimos, diciendo que ya estaban empezando a verle los puntos flacos al enemigo. Por lo que sería una excelente idea apoderarnos de la nave, en cuanto estuviéramos en condiciones de provocar un motín.

D. Queto confirmó las palabras de su colega, y se enfadó ligeramente cuando mencionó al chivato. Estaba más que harto de él. No cesaba de mandarle mensajes anónimos, amenazantes. Pero éste los ignoraba, como si fuera inocente.

El chivato ya había hecho mucho daño. Gracias a sus confidencias, los vigilantes arrestaron a varias parejas mientras mantenían relaciones íntimas en los lavabos. Eso dolió mucho a los pasajeros, que intentaron, sin éxito, que los liberaran. Al parecer, los hombres fueron apaleados en presencia de las mujeres, que fueron amenazadas con la muerte, si no accedían a prostituirse con los guardianes.

Ese suceso fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de d. Queto.

—Ese bastardo “soplón” pronto va a tener un disgusto. Ya se lo advertí. Él sabrá lo que hace con su vida. Dijo con severidad.

A continuación, me pidió que me quedara un rato, jugando, y luego le pidiera a mis compañeros de al lado de mi cama, que fueran a verle. Hizo hincapié en que esperara quince minutos, por prudencia.

Supuse que "don Queto" y el japonés debían ser, el uno de la mafia italiana, y el otro de los yakuza. Esos no se andaban con tonterías. Sin embargo, los jefes de semejantes grupos, acostumbraban a delegar en sus subordinados las explicaciones, acerca de lo que debe hacerse. Esta vez lo hicieron en persona. Claro, que ahora era distinto. No se trataba de luchar contra una banda rival, sino por la libertad; en cuyo caso, el ejemplo personal debe hacerse para lograr más entusiasmo entre seguidores y partidarios. Y el hábil d. Queto, lo consiguió.

El torpe capitán Sbarlow no puso ningún inconveniente para que los pasajeros pusiéramos música para distraernos. “Así se tranquilizan” debió pensar. Sin embargo, pronto empezaron a sonar melodías, cargadas de pasión, enardecedoras, y que para los terrestres simbolizaban la libertad. Tales como “Nabuco”, “la

Marsellesa”, y otras más modernas de bandas sonoras de películas.

Fue una gran torpeza del capitán, que no sabía nuestras costumbres, ni le interesaban. Aunque sí que le extrañó escuchar nuestros cánticos. Sin embargo, lejos de preocuparse, se rió. "Cosas de los planos. Están locos". Dijo a los extrañados vigilantes.

Esa música nos servía de apoyo psicológico para cuando llegara el momento clave. D. Queto sabía guiarnos. Todos confiábamos en él.

Al día siguiente, ocurrió algo desagradable. Encontraron muerto en los servicios al traidor. Al parecer, se llamaba “Julián Dolfos”. Había muerto por asfixia. Tenía una bola de papel higiénico mojado en la boca, y llevaba puesta su conocida camiseta azul. Tras preguntar por el autor de su muerte y obtener el silencio por respuesta, el capitán Sbarlow nos hizo formar delante de las camas, y ordenó un registro brutal para ver si encontraban armas en el equipaje.

Todas las pertenencias fueron arrojadas al suelo y dispersadas. A veces se producían confusiones sobre quién era el dueño de tal o cual cosa, y eso ocasionaba disputas. Por ellas se solían detener a los pasajeros del Esperanz. Al final no encontraron las armas, si es que las había. Ya que llamar armas a objetos tales como cuchillos de cocina, tenedores, cortaúñas y abrelatas era algo inadecuado. Sin embargo, restaron importancia a las omnipresentes botellas, que en teoría estaban dispersas por la nave para beber agua. También existía la posibilidad de que hubiera sido un suicidio.

Ese era un viaje largo, y tal vez no habría podido resistir que sus propios compatriotas le dieran la espalda por traidor. Así se lo sugirió Mimio a uno de los oficiales de la Policía Sideral, que se lo comentó al capitán.

El estúpido de Sbarlow se aferró a ello. No le cabía en la cabeza que unos despreciables planos desafiaran su autoridad. Tal era su baja opinión de nosotros. No era de extrañar que no hablara más de la muerte del chivato, al que también despreciaba; y habría destinado a las minas al final del viaje, si hubiera

sobrevivido, y a pesar de sus servicios. Eso daban a entender algunos guardias, que a pesar de todo, no compartían el poco sentido del honor de su patrón.

En cambio, para los pasajeros estaba claro; d. Queto había perdido la paciencia con él, y ordenado su supresión. La muerte del traidor fue vista como un acto de justicia entre todos los pasajeros. Muchos nos imaginábamos que Vittorio y Alana sabían cómo fueron los últimos momentos de la nada envidiable vida del fallecido.

En una de las reuniones, d. Queto elogió la labor del cocinero, desviando la atención del capitán sobre nosotros.

—Hoy, Mimio nos ha hecho un gran servicio. Los que tenáis dudas acerca de su lealtad, ya sabéis que se puede confiar en él. Que sea un tirio, no significa que sea un esclavista.

Eramos, en nuestra mayoría, unas personas pacíficas. Pero la injusta opresión nos había llenado de odio.

Poco después, Vittorio, enviado por d. Queto, nos llamó para ir a jugar a las cartas a mí, y a unos cuantos más: Esta vez nos insistió que estuviéramos preparados en cualquier momento, ya que organizaría una disputa para atraer a los guardianes, y luego, ya se encargaría él de “solucionarla”.

Las niñas patinadoras se pusieron a dar vueltas, haciendo un infernal ruido a nuestro alrededor. Parecía que querían enterarse de lo que estábamos hablando. Vittorio las miró con desconfianza.

—¿Las habrá enviado el capitán para espiarnos? Preguntó con inquietud uno de los jóvenes colaboradores.

—No. Están a nuestro favor. Pero a los niños les encanta meter las narices donde no les llaman, y hacer travesuras inoportunas. Nos podríamos llevar sorpresas desagradables, además de crearnos problemas.

Alana se levantó y fue a hablar con las niñas. La tal Sonia movía la cabeza, continuamente, haciendo gestos de afirmación. Parece que se estaban poniendo de acuerdo para coordinar sus acciones con nosotros. Luego se fue con sus amigas a hablar con otros niños, seguramente, para contarles lo que les dijo Alana.

Ahora que habían dejado de patinar, estábamos un poco más calmados. Vittorio siguió hablando, acerca de nuestro objetivo

principal; liberar a los pasajeros. Me sentí incómodo pero enardecido. Una ligera mirada hacia mi alrededor bastó para darme cuenta de que los presentes sentían lo mismo que yo.

Vittorio fue aún más lejos en su discurso. Nos juró que él jamás sería esclavizado. Saldría de la nave, libre o muerto.

Justo cuando acabamos nuestra reunión, entró un oficial de la Policía Sideral, rubio con bigote. Era el teniente, Hilion. Uno de los pasajeros lo miró con odio, pero volvió la cara en seguida. El oficial se dio cuenta, y lo llamó:

—¿Crees que no soy consciente de lo que tienes en el interior de tu siniestra cabezota? Dijo, con tranquilidad.

—No lo entiendo, señor. Dijo el hombre, asustado.

—Yo creo que sí. No te caigo bien ¿Verdad?

—Pero si yo no he dicho eso.

—No, pero lo has pensado. Que no vuelva a ocurrir.

El oficial dio la media vuelta para alivio del pasajero. Apenas dio cinco pasos, giró, y lo llamó de nuevo.

—¡Eh, acércate!

El hombre, lleno de temor, se acercó. Apenas abrió la boca para preguntarle lo que quería, recibió un puñetazo en la cara.

—Esto para que aprendas a no pensar mal de mí. Lo que tengas que decir, dilo en mi cara.

La última frase la dijo, mirándonos a todos, en tono desafiante. Nadie se atrevió a decir una sola palabra. Luego le dio una palmadita en el rostro, y dijo, fingiendo sentir lástima:

—No te lo tomes a mal. Solo estaba bromeando. Espero que no te haya dolido.

Hilion dio la media vuelta, y esta vez, si que se fue. Pero no por ello, el hombre se quedó más tranquilo. En el pasillo había dos agentes de la Policía Sideral que no se privaron de reírse. Hilion les dijo algo, y a continuación, se fue. Diez minutos más tarde, esos agentes se liaron a golpes con el desdichado, y se lo llevaron, arrastrándolo por el pasillo, para encerrarlo. Una de las mujeres les pidió una explicación. La respuesta de uno de los vigilantes fue brusca.

—Entérate, zorra. Le hemos golpeado porque nos lo pidió el teniente. A él no le gusta la gente que piensa mal.

No fue esa la única jugarreta de Hilion. No venía a visitarnos a menudo, afortunadamente. Pero cuando lo hacía, era para llevarse a alguien detenido, montando previamente, un espectáculo bochornoso, en el que no se privaba de agresiones, insultos y burlas hacia sus víctimas. Odiábamos a Hilion con toda la fuerza de nuestra alma.

Capítulo 4: Represalias

Al hacerme la cama, me fijé que debajo me habían metido una bolsa de plástico. “Publio”, uno de mis jóvenes compañeros de reunión, me dijo en voz baja que la dejara donde estaba. Eso hice, y abrí la puerta de la taquilla para ponerme el reloj y mirarme en el espejo para ver si tenía barba. Cuando me dispuse a cerrarla, me susurraron que no lo hiciese, y me fuera de allí.

Sorprendido, miré hacia un lado. Alguien se agachó, tapando su cara con la puerta abierta. Se puso una capucha de plástico en la cabeza, aprovechó un descuido de los centinelas y echó a correr hasta el rincón, con un destornillador en la mano, saltó y rompió una cámara de vigilancia, luego otra, y luego se subió en una silla e hizo lo mismo con la restante.

Los centinelas lo vieron. Entonces, d. Queto me hizo una señal, y varios de mis compañeros empezaron a discutir conmigo, fingiendo estar enfadados. Mientras un centinela salía detrás del que había roto las cámaras en un lado, el otro fue a arrestar a los participantes en la disputa. Las niñas se pusieron a patinar, obstaculizando el paso del vigilante, como si fuera sin querer.

Detrás de éste, varios hombres se pusieron sus capuchas y fueron a por él. Uno le puso una bolsa en la cabeza. Lo tiraron al suelo, le quitaron la porra y la pistola, y le dieron muchos golpes. Uno de los encapuchados era Vittorio, que le dijo, alterando su voz:

—Escucha, asqueroso devorador de pimientos. Tú no nos has visto la cara, pero nosotros, sí, la tuya. Si no colaboras, te mataremos, y si te chivas, te la cargas también. Sabemos que sois pocos, y que tarde o temprano te tocará hacer guardia aquí, otra

vez. Si no quieres que te pase nada, hazte el ciego cuando vengas. Pobre de ti como arrestes a alguien ¿Lo has entendido?

El guardia no contestó nada. Así que le dieron varios golpes para que respondiera. En esta ocasión suplicó que lo dejaran, y se comprometió a cerrar los ojos si veía algo anormal.

—Eso espero. Ahora, levántate, despacito, sin mirar atrás. Como vuelvas la cara de golpe, te juro que te tumbo otra vez en el suelo de un patadón, y te daremos otra buena ración de palos. Así que, por tu bien, antes de levantarte, te aconsejo que cuentes por lo menos, hasta veinte segundos.

En cuanto al otro guardia, que perseguía al rompedor, pronto se vio acorralado por varios encapuchados. Lo cogieron y lo trataron de igual forma que a su compañero. Pero éste centinela era un auxiliar del centro de Bilmo; tenía la piel más oscura y lo confundieron con un africano. Por ese motivo lo insultaron, ofendidos. Este mencionó, una y otra vez, su lugar procedencia, y juró no haber tenido nada que ver con la decisión del capitán de esclavizar a los pasajeros. El cumplía órdenes. Lo mismo les pasaba a algunos de sus compañeros auxiliares, que aborrecían a la Policía Sideral. Estos sí estaban de acuerdo en esclavizar a los pasajeros, y además cobraban comisión por tales funciones.

Entonces los soltaron, no sin antes descargarles las armas. Rápidamente guardaron las capuchas en el bolsillo y se mezclaron con la gente, que se aguantaban la risa como podían. Los dos centinelas siguieron con la vigilancia como si no pasara nada, aunque no podían ocultar su rabieta por la humillación y los golpes. A lo lejos, D. Queto hizo un gesto de aprobación a los que participaron en la pelea.

El que no daba crédito a lo sucedido fue el cruel Sbarlow. Los asustados centinelas le dijeron que cuando ellos llegaron, ya estaban las cámaras rotas. Eso lo sacó de quicio y se enfadó aún más. En castigo, dejaría a media ración de comida a los pasajeros.

Pero "D. Queto" no se sintió contento con las represalias. Le sabían a poco. Esos centinelas eran auxiliares. Quería hacer lo mismo pero con los policías, que eran más severos. Nos llamó, otra vez, al grupito de matones, entre los que me encontraba yo, para que fuéramos aprendiendo a hacer las cosas bien. Ahora me

tocaba a mí, y a varios que no habían participado aún, ponernos las capuchas y amenazar a los vigilantes. La gente nos miraba con temor, pero con admiración a la vez. Nos deseaban suerte, pero temían que Sbarlow nos castigara. Algunos de ellos se animaron, uniéndose a nosotros.

Cuando llegó el relevo de los dos vigilantes, se organizó otra discusión con las mismas características que la anterior para que estos supieran quién mandaba allí. Esta vez, sí que participé, pero la voz cantante la llevó Publio.

Las represalias de d. Queto también alcanzaron al escribiente que fue "visitado" por unos encapuchados, y "aconsejado" a rectificar los servicios del día en el tablón. D. Queto se encargaría de eso, y los servicios se harían según su conveniencia. Pondría en la cocina a gente de confianza, ya que era el lugar donde podían hablar con más seguridad de toda la nave. Ante la sonrisita asustada del escribiente, que dijo que no podía ayudarnos porque obedecía órdenes de Sbarlow, el encapuchado, Vittorio, le dio un pellizquito en la cara y exclamó:

—Pues más te vale que obedezcas las nuestras, porque si no... ¡Tú sabrás lo que haces!

Los "consejos" de Vittorio fueron más que suficientes para convencerlo de su "colaboración".

En la planta de arriba también estaban activos. Takegawa no tenía la misma paciencia ni precisión que su colega. Los matones de éste, dejaron muy maltrecho a uno de los centinelas, y el otro, estuvo a punto de morir ahogado cuando le metieron la cabeza en el retrete para intimidarlo.

Por mucho que lo trataron de ocultar, Sbarlow se dio cuenta. Entonces, ordenó el arresto de varios pasajeros que a él no le gustaban por su manera de vestir. Les dijo que si no delataban a los que habían sido, no dudaría en ejecutarles. El silencio fue la respuesta.

En la cocina de la planta baja circuló una orden secreta de d. Queto, en la que se prohibía poner a los pasajeros a media ración. Se nos daría de comer con normalidad, hasta que los ayudantes fueran físicamente incapaces de hacerlo. No hubo problema, ya que el personal de cocina, sobre todo, Mimio el cocinero, estaba

en secreto de nuestra parte. Al saberlo, los pasajeros de la planta alta, fueron al comedor de abajo.

Sbarlow se sorprendió al ver que todo el pasaje tenía los platos repletos de comida. Le pidió una explicación a Mimio, que dijo no saber nada; siendo desmentido por un policía, que aseguró haberle informado de ello. A eso, el cocinero añadió que no se acordaba, por haber estado preparando la comida. Sbarlow, enfadado, le dijo gritando como un energúmeno, que su deber era estar atento a sus órdenes y cumplirlas.

Entonces, Mimio, ofendido, por los insultos del grosero capitán, que lo había dejado en mal lugar delante del personal de cocina, se le acercó, olvidándose del protocolo militar. Lo miró, lleno de ira a los ojos, y a continuación le dijo con brusquedad lo que pensaba:

—¡Lo que tiene que hacer es dejar a esta gente en paz, y llevarlos a su destino, en vez de portarse como un esclavista!

—Pero...Si yo cumplo órdenes ¿O es que no lo sabe?

—Pues si yo fuera el capitán y me ordenaran algo así, cancelarí­a el viaje y pondría una denuncia ¿Porqué no hace usted lo mismo?

Nada respondió el asustado Sbarlow a eso. Mimio tenía más personalidad que él, y temía que lo dejara en ridículo si se ponían a discutir. Además, tenía la graduación de teniente, ya que era un cocinero militar. Sbarlow era un esclavista convencido, pero con escasos argumentos sólidos para defender sus “ideas”.

Disgustado por la actitud de Mimio, Sbarlow quiso sustituirlo por el cocinero de arriba, pero este se negó. Al insistir, y tras muchos rodeos, acabó admitiendo haber sido amenazado por no ser tan solidario como Mimio. Esa noticia inquietó al capitán.

Ante semejante desfachatez mandó al teniente Rinlig a averiguar si el “olvido” de Mimio se debía a un despiste o a una conspiración. Cuando el enérgico oficial amenazó con el arresto de los ayudantes de cocina si no le daban una explicación convincente, estos no le hicieron caso. Se metieron dentro de la despensa y se hicieron los sordos. El teniente entró con la porra en la mano, llamándolos a gritos. Para su sorpresa, unos

encapuchados lo estaban esperando. Le dieron una paliza y le echaron encima un jarro de agua, hirviendo. También le dejaron con un ojo morado y cojeando del pié izquierdo. Le quitaron el uniforme, le echaron chocolate en polvo de cintura para arriba, y azafrán de cintura hacia abajo. Lo dejaron atado y desnudo. Tenía una pinta ridícula. También le dejaron una nota para Sbarlow en la que amenazaban con matarle si se producía algún tipo de represalia, exigiéndole que los tratara como a ciudadanos libres y los dejara a todos en Teluria.

Pese al cómico espectáculo que suponía ver a Rinlig con esa pinta, los centinelas quedaron aterrados al descubrirlo.

El asombrado capitán reunió a todos sus hombres, excepto a los que estaban de guardia. Les obligó con amenazas a contarle todo lo que habían visto, oído y sufrido. Llegó a la conclusión de que muchos de ellos estaban atemorizados. Los enardeció con discursos absurdos sobre las costumbres de los terrestres (inventadas y ridiculizadas) su poca hombría y la extrañeza de que unos súbditos del reino tirio como ellos no supieran tratar a una civilización de esclavos. Pronto nos reuniría a todos, y nos daría una lección que no íbamos a olvidar. Y esta vez, iba a ser duro de verdad. También se habló de Mimio ¿Cómo interpretar su actitud? ¿Era un traidor o un hombre demasiado caritativo con los pasajeros? No se llegó a ninguna conclusión, pero se decidió no contarle nada de importancia, por prudencia.

Los guardias se fueron, sonriendo. Pronto les llegaría su revancha. Sin embargo, los más responsables estaban muy serios. Se temían alguna estupidez por parte del capitán. Varios auxiliares se negaron a seguir maltratando a los pasajeros. Les parecía inhumano. Sbarlow se burló de ellos y los destinó a labores de mantenimiento en la cocina, advirtiéndoles que cuando llegaran a su destino, serían sancionados y despedidos o encarcelados por incumplimiento del deber.

Tras la comida, el capitán reunió a todo el pasaje, y puso a su tripulación a vigilarnos. Estos eran unos 120, más o menos. Llamó a los 10 sospechosos de haber golpeado a los tripulantes, y ante la sorpresa de todos, los dejó libres. Al verlo, desconfié.

—D. Queto ¿Se apuesta usted a que ese truhán nos sale con

algo peor?

—Segurísimo, amigo Star. Ese tipo es un pájaro de lo más traidor. Ya lo vamos conociendo mejor.

—Yo también lo pienso. Exclamó Vittorio.

Así fue. Soltó a los 10 hombres y escogió a 20 mujeres de entre las más bellas. Entre estas, a Alana. Hubo un fuerte griterío de descontento.

—Estas chicas me las llevo para uso y disfrute mío, y de mi tripulación. Ellas pagarán por vosotros y por vuestras acciones. No os quejéis; con nosotros estarán mucho mejor. No las decepcionaremos.

Se escucharon gritos y protestas. Algunos culparon a d. Queto y a Takegawa de las represalias. Estos dijeron que de todos modos habría sucedido, y que Sbarlow solo necesitaba una excusa para castigarnos.

De pronto, varios hombres, enardecidos, se lanzaron contra la tripulación. Los agentes abrieron fuego. Hubo 2 muertos y 13 heridos. El capitán prohibió la asistencia médica y nos desafió:

—¡Oh, vaya! No hubo suerte ¿Eh? A ver, chicos, intentadlo otra vez. Dijo Sbarlow, sonriendo con crueldad.

Cuando volvió cada uno a su sitio y se restableció el orden, d. Queto, nos habló durante un rato para tranquilizarnos, y para que no perdiéramos la disciplina. Según sus palabras, los pasajeros estaban más preparados moralmente para amotinarse, tras los recientes sucesos.

Entonces, a escondidas, varios hombres que entendían de medicina curaron a los heridos. El propio Mimio nos dio su botiquín, ante los asombrados ojos de los centinelas y disgusto de los ayudantes, que temían las represalias del capitán. Pero Mimio se reía de ellos. Era gordo, fuerte y de carácter optimista. Tenía 48 años. Los centinelas optaron por encogerse de hombros. También podría ser que el capitán hubiera cambiado de opinión. Estaban deseando llegar a Basti y terminar de una vez.

Poco tiempo después, entraron en las habitaciones, dos hombres con una escalera. Llevaban las cámaras, reparadas, para instalarlas otra vez. Los dos centinelas nos vigilaban con más atención, mientras los técnicos ponían los aparatos en su sitio.

Varios pasajeros miraron con reproche a d. Queto. Estaban llenos de rencor y deseando de entrar en acción. Las propias patinadoras nos miraban, dando vueltas en círculo, a nuestro alrededor. Don Queto se dio cuenta de que era “ahora o nunca” y que no encontraría otro momento más apropiado.

—Star, ayuda a esos hombres a subir, no sea que se caigan. Publio, ve con él. Dijo en tono irónico.

Al ver que ambos nos metíamos las manos en los bolsillos, vino a nosotros y nos habló en voz baja, pero emocionado:

—No. Nada de capuchas. El momento clave ha llegado ¡Vamos a actuar, ya!

Publio y yo empujamos la escalera y tiramos al suelo al técnico que estaba subido. El otro intentó sacar un arma, pero Publio lo degolló con un cristal afilado de un vaso roto que tenía en la mano. Yo dudé. No quería matar al tripulante que estaba en el suelo, pero mi compañero cogió su pistola y lo mató.

—¡Star, no te andes con chiquitas, la próxima vez!

Al mismo tiempo, los dos centinelas disparaban, sin cesar a los revoltosos de su alrededor, que les arrojaban cosas, siguiendo órdenes de d. Queto. Publio disparó y le dio a uno. El otro quedó, atontado, de un botellazo que le dieron. De inmediato, se les echaron encima y los mataron.

—¡Bravo, muchachos! Ahora tenemos cuatro pistolas. Poned las camas como barricadas y esperemos a que vengan los demás. Fortifiquemos esta habitación y tendámosles una trampa ¡Ni un paso atrás!

Varios de los revoltosos (Publio, Vittorio y yo, entre ellos) salimos fuera de la habitación. Dos con pistolas, y los demás con las patas de las sillas, cuchillos, tenedores y objetos contundentes. Nos escondimos en los servicios. Estábamos muy tensos y callados. Nadie tenía ganas de hablar. Solo de escuchar. Publio se asomó por el cristal de la puerta.

Poco tiempo después, vimos llegar a seis centinelas, que se preparaban para el asalto de la habitación.

Al grito de: "¡Ahora!" disparamos por ambos lados. De la habitación y de los servicios salió gente con palos y botellas. Solo un centinela pudo escapar. Vittorio era uno de los pocos que

llevaban pistola. Su puntería era de lo más envidiable. Sin duda, había ayudado anteriormente a d. Queto en sus labores de mafioso.

Poco antes, el ambicioso teniente Hilion, que no estaba nada contento con los métodos del capitán, llamó a uno de sus superiores, el comandante Druben. Este era responsable de intendencia de la Policía Sideral, y le contó lo sucedido. Druben le encargó que llamara a Sbarlow.

El capitán se encontraba en su habitación, tratando de convencer a dos mujeres para que tuvieran relaciones con él. Una de ellas era Alana. Al ver que ambas lo rehuían, se burló de ellas.

—¡Ja, ja, ja! ¿Qué os pasa, zorritas? ¿Me tenéis miedo? ¿Acaso no sabéis que yo soy el jefe, y que os conviene llevaros bien conmigo? A ver, morena, acércate. Rubia, presta atención, porque después te tocará a ti hacerlo.

Las dos mujeres se miraron, indecisas y asustadas. El capitán, impaciente, no dejaba de llamar a Alana.

Esta se acercó, pero se puso histérica y le dio varias bofetadas, además de arañarle la cara. El dolorido Sbarlow retrocedió, cogió un bastón eléctrico y la amenazó.

—¡Perra! Esto lo vas a pagar.

—¡Mátame si quieres, pero nunca seré tuya!

Justo, en ese momento, llamaron a su puerta.

—¡Patrón, hay una llamada para usted en la sala de mando! Es muy urgente.

—Vale, ahora mismo voy. Cuando regrese ¡Seguiremos hablando! Dijo, amenazando a las dos mujeres, mientras se vestía a toda prisa.

Cuando Sbarlow fue allí y vio al comandante Druben en la pantalla, quiso que la tierra se lo tragase. Este era muy astuto y le iba a costar trabajo engañarlo. Había muchas irregularidades en ese viaje de las que era responsable. Se sentó y lo saludó, aparentando tranquilidad, como si todo fuera bien. Este devolvió el saludo con cierta ironía.

—¡Muy buenas, Sbarlow! Parece que tiene problemas con los “clientes”. O al menos, eso es lo que se rumorea ¿O no? Dijo Druben, esbozando una maléfica sonrisa.

—Eh...no. Eso no es cierto, son solo unos cuantos patosos. Ya les hemos dado una lección. Je, je, je.

—¿Sí? Pues me han informado de que usted lo está haciendo muy mal. Para empezar, ha dividido sus fuerzas al meter a los clientes en dos habitaciones separadas ¡Se meten en una sola, hombre! A ver si se entera.

—Disculpe, pero los cuartos son más bien pequeños.

—No es problema, se agrandan. Basta con cambiar el uso de las salas a la otra planta. Los mismos pasajeros le habrían ayudado a hacerlo, si hubiera usted sido más listo. Dígame, por curiosidad ¿Cuánto tiempo lleva de servicio?

—Llevo quince años en la flota espacial mercante, y uno y medio en la Policía Sideral.

—¿Mercante, eh? Por lo que veo, lo ascendieron a capitán por sus años de experiencia en el transporte, en vez de por sus méritos policiales. Ahora entiendo todo este desorden, tan típico de los civiles. Dijo el comandante, despectivamente.

—¡No importa! Un civil es capaz de transportar esclavos tan bien o mejor como un capitán militar. Dijo Sbarlow, herido en su orgullo.

—¡Si usted lo dice!...Y otra cosa ¿Porqué les ha permitido tantas liberalidades a los planos y les ha informado de sus propósitos? Al parecer, quiso indultar a algunos, en vez de llevárselos a todos ¿No es cierto?

—Algunos de ellos no son terrestres. Esclavizarlos es delito. Tampoco es verdad lo de esclavizar a unos y liberar a otros. Lo dije para que se portaran bien y controlarlos mejor. Si dijera la verdad, se amotinarían.

—Sin embargo, he oído que ha encerrado a tres telurios por un motivo tan absurdo como quejarse de la comida, y a dos ciudadanos tirios y dos de Bilmo por discutir sobre fútbol ¿Cree que eso es delito suficiente como para esclavizarlos?

—¡En mi nave, sí! ¡Estamos en el espacio y debe haber disciplina para todos!

—¿Está usted loco? Le van a llover muchas denuncias ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Ay, Sbarlow, qué cosas se le ocurren!

El capitán lamentó haber tenido que ser tan duro con los

pasajeros, e insistió que la disciplina era necesaria. Druben, en cambio, le hizo una corrección.

—Usted se ha complicado la vida, innecesariamente. Hubiera bastado con tratarlos bien hasta el día de la llegada, que es cuando se les deberá conducir a punta de pistola, hasta las minas. Los que no sean terrestres ya se encargarán ellos de identificarse. Tras pedirles disculpas, se les lleva a Teluria.

—No me parece que la cosa sea así de fácil como usted lo cuenta, comandante.

—¿Qué no? Pero si es tan sencillo como cuidar cerdos. Hay que tenerlos contentos y confiados, hasta que llega el día de llevarlos al matadero.

Druben siguió preguntando. Esta vez, por el número de tripulantes de la nave.

—Son 120. De estos, 70 son auxiliares, y 50 policías. También hay 35 entre médicos, mecánicos, cocineros y pilotos, pero esos no hacen servicios de armas. Hay algunos auxiliares que están arrestados porque no les gusta que los pasajeros sean esclavizados. No se les informó con detalle, acerca de sus tareas y funciones, antes de embarcar. Creo que son 19. Menos mal que no son muchos. Ahora están de ayudantes en la cocina. No me fío de ellos para poner orden, y les he retirado las armas.

—Mal asunto. Hay que llevar, como mínimo, a 200 hombres armados. Su nave es demasiado grande como para permitirse llevar a menos. Se le cansarán más pronto al hacer tantas guardias seguidas. Pero veo que usted ha registrado la salida de su nave como si tuviera 200 ¿Cómo se explica esto?

El ruborizado capitán replicó que no le dio tiempo a reclutar a más, además de equivocarse, rellenando los papeles. Druben no lo creyó.

—¿Me está tomando el pelo? ¿Y no se equivocó al contar el dinero que le dieron para la subvención del viaje? Usted lo que pretendía, era quedarse con el sueldo de los ochenta que no han venido.

—Con todo el respeto, mi comandante, eso no es cierto.

Muchas más cosas le reprochó Druben a Sbarlow, entre ellas lo arriesgado que resultaba dejar escuchar a los pasajeros música

patriótica, pues lejos de tranquilizarlos, los enardecería. También le recordó que tomar a mujeres como rehenes y violarlas, además de ser algo, peligrosísimo, por ser un fuerte detonante para incitar a un motín, estaba mal visto que lo hicieran los oficiales. Eso se le permitía a la tropa, solo al final del viaje, y como premio por haber cumplido bien las órdenes.

—¿Se ha asegurado de que son todas terrestres, Sbarlow? A ver si va a tener serios problemas legales.

Este no supo qué responder. Simplemente, había escogido las que le parecieron las más bellas. No se había molestado en averiguar nada más. El inoportuno Druben estaba bajándole los humos al déspota capitán, haciéndole ver la realidad. Sbarlow se estaba quedando sin argumentos para defender sus decisiones, y prefería callar o quitar importancia a las preguntas.

En ese momento entró, bruscamente, sin llamar ni pedir permiso, un centinela auxiliar, muy sofocado:

—¡Patrón, hay un motín abajo! ¡Hay que hacer algo!

Este quedó atónito al oírlo. Solo le faltaba eso. En tan solo un par de segundos, el astuto Druben encontró varios fallos más.

—Sbarlow, estoy viendo que sus guardias van mal vestidos, no se afeitan y se dirigen a usted, como si fuera el capataz de un campo de cultivo, en vez de su capitán. Me parece que ya no volveremos a contratar a civiles para este tipo de trabajos. A ver cómo sale de esta. Igual se lo llevan también a usted a las minas, y acaba haciéndose amigo de los mismos esclavos que se le están amotinando. No se le olvide llamar cuando controle el motín. Eso de llamarle “patrón” me ha hecho gracia ¡Ja, ja, ja, ja!

Humillado por las burlas de Druben, Sbarlow bajó, silenciosamente, para evaluar el motín. No le gustó nada la situación. La zona que iba desde las habitaciones hasta los servicios había sido ocupada por los pasajeros, y amenazaban con tomar la oficina del escribiente, donde resistían veinte tripulantes que habían puesto la mesa y las sillas en el pasillo para no dejarles pasar, disparando al que se acercara. Si no conseguían resistir, perderían el ascensor y las escaleras, por lo que los pasajeros se habrían adueñado de toda la parte baja, ya que no había más centinelas en esa zona. Ni que decir tiene, que en la

cocina estaban cogiendo botellas y objetos contundentes para el combate que se avecinaba con la discreta aprobación de Mimio. El capitán se dirigió a un sargento.

—¡Aprisa, trae a cincuenta hombres, aquí! Que se pongan también los cascos y chalecos. Traigan los gases lacrimógenos. Los demás, que vigilen en la otra habitación, antes que se amotinen también.

—Señor, hemos contado el equipamiento, y tal vez no haya suficiente para todos.

—¡Maldita sea! ¡Muévase y que se las apañen como puedan! Los que estén equipados, que bajen de inmediato.

Momentos antes, Alana y su compañera no esperaron a que viniera Sbarlow. Bajaron, justo a tiempo, para participar en el motín. Ellas fueron las encargadas, junto con varias muchachas más, de acomodar la habitación para que los menores, mujeres y ancianos estuvieran fuera del alcance de los disparos.

Algunos adolescentes querían participar en el motín, sin embargo, los mayores no los dejaron. Lo mismo les pasó a unos niños, que se creían que era algún juego. Especialmente ágil fue Sonia, la patinadora, que al parecer escapó del control de sus padres, y no cesaba de atormentar a los tripulantes, lanzándoles botellas llenas de agua, con gran puntería, para asombro de todos. Estos disparaban, pero Sonia lograba esquivar sus disparos, unas veces, girando ágilmente, otras, agachándose.

En su mano izquierda llevaba la tapadera metálica de un bidón de basura para cubrirse de los disparos. Estaba de suerte, ya que los vigilantes usaban sus pistolas en nivel 2 ó 3, temiendo quedarse sin munición. Si estuvieran en nivel 4 ó 5, su protección no le sería de ninguna ayuda. Sus amigas le traían objetos para lanzarlos y los amontonaban, cerca de la puerta de los servicios. También se cubrían con las tapas de otros bidones que había.

De repente, se oyó un fuerte golpeteo. Los pasajeros estaban colocando las taquillas en el pasillo, como parapeto. Estas tenían colchones dentro para amortiguar en lo posible, los impactos de las pistolas láser. Sbarlow, al oír el estruendo se asomó para ver lo que pasaba.

Al verlo, le lanzaron una lluvia de objetos y le dispararon.

Una botella lanzada por la ágil patinadora, le alcanzó de lleno en la cabeza. De inmediato, corrió hacia atrás a refugiarse. Los objetos lanzados golpeaban, bruscamente, el suelo y rebotaban con furia, a su alrededor. Un par de disparos dieron cerca de las escaleras donde se encontraba, pero no lo alcanzaron.

Mientras Sbarlow subía, un vigilante, bajaba. Le traía malas noticias, tal y como se imaginó.

—Capitán. Los pasajeros de arriba se han enterado del motín, y se han animado a rebelarse también. Han entrado en la prisión de las mujeres y las han liberado. Algunas fueron violadas por nuestros compañeros. Están muy enfadados y han matado a varios de los nuestros.

—¡Señor! Dijo el teniente Hilion. Esto es todo por su culpa. Ha querido quedarse con el dinero del viaje, y ahora está jugando con nuestras vidas. Ha cometido todos los errores posibles. Le pido que entregue el mando a algún oficial, inmediatamente.

El furioso Sbarlow amenazó con dispararle un tiro en la cabeza, si volvía a reprocharle alguna cosa más.

En la oficina del escribiente, los desesperados tripulantes disparaban a las taquillas, de las que de vez en cuando se asomaba una mano, y disparaba o arrojaba algún objeto.

Vittorio pidió por señas a Sonia que se metiera en la habitación, y dejara de provocar a los vigilantes. Esta obedeció, de inmediato, y se colgó el escudo en la espalda. Los pasajeros abrieron un hueco entre las taquillas para que pudiera pasar, mientras los vigilantes, disparaban, sin llegar a alcanzarla.

Avanzamos usando las taquillas como parapeto. Unos las empujaban por el centro, otros por los lados, y otros disparaban. Yo empujaba por el lateral derecho una de ellas. Era increíble el estruendo que formaban. Había que tener cuidado para no volcarlas. Los tripulantes se encontraban con la moral muy baja.

Casi todas llevaban cuerdas atadas para levantarlas si se caían. Detrás nos seguía una multitud, gritando, armada con cuchillos, palos y otros objetos que lanzaban a los tripulantes.

Al fondo de la habitación se oía el "Nabuco" de Verdi, cuya música inundaba el ambiente. Aun sin saberse la letra, muchos la entonaban con ardor, animando a los demás. De repente, cayó una

granada. Explotó, matando a 2 hombres e hiriendo a 4. La multitud retrocedió, tirando por el suelo a los que estaban cerca. Yo me escondí, detrás de la taquilla.

—¡Mantened la calma! Exclamó el autoritario d. Queto. Si no nos ponemos nerviosos, podremos cogerlas y devolvérselas ¡No estallan, de inmediato! Que vengan varios voluntarios para recogerlas.

No tardaron en venir siete, que el calculador Vittorio colocó en lugares estratégicos. Le entregó un palo a cada uno, para impulsar las granadas que cayeran cerca de ellos.

La multitud se calmó. Esta vez guardaron dos metros de distancia entre nosotros y ellos. Pronto cayó una granada más. Uno de los pasajeros que se había ofrecido voluntario, le dio una patada, cayendo cerca de la tripulación, pero sin causar daños. Estos, nerviosos por el avance, lanzaron otra, que rebotó en una de las taquillas y les fue devuelta. Dos hombres fueron alcanzados. Los que lo vieron, lo corearon en voz alta.

—¡Dos bastardos heridos! ¡Animo, un esfuerzo más!

Entonces, varios de los nuestros, salieron, impetuosamente, para luchar. Los tripulantes abandonaron la oficina con precipitación, amontonándose en el hueco de la escalera. No pudieron hacer nada por los heridos, ni por los que se quedaron atrás, que fueron apaleados y pisoteados, sin piedad, por la multitud. La planta baja cayó en nuestro poder, y nos pusimos a gritar, enardecidamente, cuando llegamos al otro extremo de la nave. De inmediato, Vittorio y los siete voluntarios forzaron la puerta del taller de arreglos y del almacén, buscando objetos pesados e inflamables para repartirlos.

La situación parecía crítica para Sbarlow, pero tuvo suerte, ya que el motín de arriba fue preparado con precipitación, y los pasajeros no tenían tantas armas ni estaban tan bien organizados como los de abajo. Cuando pusieron orden, fueron 22 vigilantes hacia la planta baja. El resto se quedó vigilando para que no volvieran a amotinarse de nuevo.

Abajo, movimos más taquillas y las amontonamos en el hueco de las escaleras para estorbar los movimientos de los tripulantes. También pusimos allí la pesada puerta de metal que

quitamos de la oficina del escribiente.

A mi alrededor lo mismo había jóvenes de 12 años, que ancianos de 72. Uno de ellos llevaba como toda arma, una enorme lata de melocotón, llena de alcohol de quemar para lanzársela al enemigo. Otro, una lata de insecticida con el mismo fin. También lanzaban zapatos, botellas y hasta bolas de papel maché, hechas con papel higiénico, mojado y secado, rellenas de clavos, cristales y trozos metálicos. Otros usaban calcetines rellenos de sal, como si fueran porras. La jovencísima patinadora sostenía entre las manos su abollada protección de metal, quizás para golpear a los tripulantes con ella.

De repente, se apagó la luz. En la habitación se escucharon gritos de angustia. Estuve alerta. Todas las armas de tiro, apuntaban hacia las escaleras. De allí se veía una tenue luz, procedente de los cascos del enemigo. Eran azul oscuro, como los petos protectores. Se les veía avanzar, sigilosamente. De pronto, se escuchó un ruido seco. Alguien dijo:

—¡Maldita sea! ¡Nos están arrojando gases!

Un hombre encendió su mechero y alumbró. Se veía un siniestro humo expandirse. Encontró la lata de los gases, aguantó la respiración como pudo, y con un pañuelo la cogió y la arrojó de vuelta a sus dueños. No todos los vigilantes llevaban máscaras antigás por culpa de la tacañería de Sbarlow. Se escucharon toses. Entonces, empezaron a disparar con láser a nivel 4, siguiendo las órdenes del cruel Sbarlow. La amarillenta luz de los disparos se veía muy bien en la oscuridad a ese mortífero nivel. Algo menos bien se veían los tenues focos de los cascos, a los que nuestras armas apuntaban, continuamente. Se escuchó un enorme ruido. Eran los cuerpos de los tripulantes, que tropezaron con las taquillas. Guiándose por las luces de los tiros, nos dispararon. Perdimos terreno y nos vimos obligados a retroceder hacia la habitación. Yo me metí en los servicios. Los crueles tripulantes lanzaron gas, otra vez. Todo el dormitorio era un caos, aumentado por las camas y taquillas, que estaban puestas para estorbar el paso. Entonces salí de mi escondite para ayudar a los demás, en vez de esconderme, como un conejo asustado.

No me pude contener ante lo que estaba ocurriendo. Le di

con un palo en la cabeza a uno de los vigilantes, y entré a toda prisa en la habitación. Vi rayos láser pasar a mi lado, que por suerte no me dieron. Sonia, la patinadora, estaba cerca y lanzó su escudo a las piernas de un vigilante, que me estaba disparando, haciéndolo tropezar y caer. Entonces vi con horror unos siniestros destellos, y oí unos fuertes silbidos. Los tripulantes disponían de dos ametralladoras láser y estaban abriendo fuego. La entrada de la habitación se llenó de luminosos puntitos amarillos. Nos echamos hacia los lados para evitarlos. Pero esos tipos, al igual que un jardinero riega sus plantas, se movieron para “regarnos” con su mortal “rociada”. Se habían vuelto locos.

Pero Cosmos no quiso que estuvieran mucho tiempo disparando, ya que los siete valientes voluntarios y Vittorio, a los que el apagón cogió mientras estaban en el taller de reparaciones; salieron y les lanzaron "cócteles molotov", piezas pesadas, tornillos gordos y objetos contundentes de todas clases. Entonces, vi como Alana se acordó de su compañero. D. Queto se quedó petrificado al oírla. Ya no se acordaba de que estaba en el cuarto de las herramientas. Lo suponía en algún lugar de las habitaciones, poniendo orden. Ese ataque provocó que se dispersaran las fuerzas enemigas, y que el número de estos en el dormitorio fuera mucho menor, disminuyendo el riesgo de bajas inocentes. Los ocho hombres cargaron con el peso del combate, resistiendo como leones en los pasillos e interior del taller, disparando detrás de las pesadas piezas y mobiliario. Ninguno de ellos salió para rendirse. Al contrario, parecía que se habían puesto de acuerdo para quedarse allí, hasta ganar o morir ¡Victoria o muerte!

De inmediato, nos pusimos a atacar a los vigilantes para respaldar a Vittorio y a los suyos. Fue una lucha muy dura. Las llamas prendieron en algunos colchones de las taquillas que habían sido derribadas. Los vigilantes contraatacaron, disparándonos, lo que nos obligó a meternos de nuevo en la habitación. Alana estaba histérica ante la suerte de Vittorio, y tuvo que ser sujeta por otras mujeres. La patinadora se puso a caminar a cuatro patas y le clavó un lápiz en el pie a uno de los policías que llevaban chaleco protector. Luego, salió corriendo, y

se escondió en alguna parte de la habitación.

Los 8 hombres murieron, pero se llevaron por delante a 11 guardias y dejaron a 28 heridos; 2 de ellos, con quemaduras graves. Fue en esa lucha donde se gastó el 60 por ciento de la munición tiria, usada para frenar el motín. El mobiliario pesado facilitaba el rebote, y algunos disparos alcanzaron a sus tiradores. Las latas de los gases también rebotaban, confundiendo al enemigo. Durante más de tres horas, el taller de arreglos se convirtió en una ratonera mortal, y los vigilantes veían con horror como les caían encima botellas con gasolina, encendida, que no siempre lograban esquivar. Los mandos se veían obligados a usar la violencia para incitar al asalto a los aterrados guardias.

Un siniestro nubarrón negro salió de la puerta del taller. Los que no murieron acribillados, cayeron asfixiados por causa de un incendio, pues los acobardados vigilantes prefirieron prender fuego al taller y cerrar la puerta, a tomarlo al asalto.

De los ocho valientes hombres caídos, cuatro pertenecían a los auxiliares que se negaron a seguir las crueles órdenes del capitán. Sus quince compañeros estuvieron muy lejos de ser neutrales, y ayudaron a los pasajeros en todo lo que pudieron. Eran vigilantes honrados y decidieron apoyarnos en una causa que consideraban justa.

Fue este un duro golpe para Sbarlow, que si bien sabía que no podía contar con ellos, no esperaba en absoluto que se unieran a los pasajeros en su lucha por la libertad, ni estuvieran dispuestos a morir por nuestra causa. Los oficiales no dudaron en culparle del motín, por causa de sus provocaciones, y de su mala cabeza.

D. Queto aguantó su pena por la muerte de Vittorio, en silencio. Pero no pudo evitar que se le derramaran varias lágrimas. Publio se tapaba la cara con las manos y aguantaba su llanto. En cambio, Alana, lloraba presa de una gran tristeza. Ella y Vittorio habían trabajado para d. Queto, durante poco más de tres años. Se rumoreaba que hubo un discreto noviazgo entre ellos.

A la aguerrida niña patinadora, varias mujeres la sujetaron, mientras le quitaban los patines, la cambiaban de ropa y le hacían una cola en el pelo para dificultar su identificación. Al parecer, aún pretendía seguir luchando por su cuenta. Pero no se lo

permitieron.

Yo me senté en un rincón y me quedé pensativo, lleno de tristeza, rabia e impotencia. No veía justo que nos esclavizaran, simplemente porque a unos hombres sin escrúpulos les daba la gana de hacerlo. No había derecho a que la escoria de la sociedad nos tratara así. En mi interior envidié a Vittorio, y si en ese momento hubiera tenido una pistola, estoy convencido de que me habría suicidado.

Fin de los primeros capítulos

